

Cristo, el pan vivo que da vida al mundo

Cuerpo y Sangre de Cristo
28 de mayo de 1978

Deuteronomio 8, 2-3.14 b-16a
1 Corintios 10, 16-17
Juan 6, 51-59

Queridos hermanos:

El jueves de esta semana era la fecha propia para celebrar el *Corpus* en el calendario oficial y mundial de la Iglesia; pero los obispos de El Salvador, como los episcopados de otros países, han pedido el permiso a la Santa Sede de trasladar estas fiestas muy importantes del Señor al domingo siguiente, a fin de que todos los que asisten a misa el domingo y no pueden asistir entre semana disfruten el precioso mensaje de esas fiestas litúrgicas. Esta fiesta litúrgica, pues, que se ha trasladado a este domingo, se llama la fiesta del cuerpo y de la sangre del Señor. Lo que ordinariamente decíamos la fiesta de *Corpus*, palabra latina que significa “el cuerpo”. Siendo, pues, hoy la fiesta del cuerpo y de la sangre del Señor, vamos a llamar a esta homilía con este título: Cristo, el pan vivo que da vida al mundo.

Porque eso es la eucaristía. ¿Qué es la eucaristía? Es el sacramento o misterio de la presencia de Cristo bajo las apariencias del pan y el vino. Sacramento es un signo sensible que puede caer bajo el dominio de nuestros sentidos, como es el pan y el vino, que lo palpamos, lo saboreamos; nuestros sentidos captan la realidad de un signo; pero luego viene la fe y descubre un elemento interior, lo significado por ese signo. Así como cuando

vemos que sale humo detrás de una pared, solo vemos el humo, es el signo; pero luego, el conocimiento dice: allá hay fuego, allá se está quemando algo. La realidad es el fuego, el signo es el humo. Así también, el signo es el pan y el vino. El gusto, el oído, los sentidos —dice Santo Tomás¹— perciben sabor de pan y sabor de vino, pero tu fe cree firmemente que en ese sabor de pan y de vino ya no está presente lo que los filósofos llaman la substancia, es decir, lo que le da subsistencia a ese pan, a esos sabores, sino que solo han quedado las cosas accidentales, pero que lo substancial se ha transformado en la presencia verdadera del Señor.

El cuerpo y la sangre del Señor son la realidad que se oculta, que se encierra en ese signo visible. Por eso, cuando el sacerdote consagra el cuerpo y la sangre del Señor, se realiza lo que en teología se llama la transustanciación. Quiere decir que, en vez de la substancia, de la subsistencia del pan y del vino, se ha colocado en su lugar la presencia real, y Cristo queda verdadera, real, sustancialmente presente en esa hostia que sigue teniendo sabor de pan, en ese cáliz que sigue teniendo sabor de vino, pero que ya no se trata como pan y como vino, sino que ya está presente el Señor. Este es el misterio que celebramos hoy.

Y ojalá, queridos hermanos, que al hacer estas reflexiones a la luz de la palabra de Dios, nuestra fe en la eucaristía crezca esta mañana y que nuestra asistencia a misa no sea simplemente un acto rutinario. No venir por costumbre, no venir por curiosidad, sino venir verdaderamente movidos porque venimos cada domingo a encontrarnos con el gran misterio de la presencia del Señor. Y cuando salgamos de misa, ojalá como Moisés, cuando bajaba del Sinaí, que hasta su rostro sensiblemente se había transformado en luminoso porque había estado en la presencia del Señor. Yo les suplico, pues, que pongan todo empeño, a pesar de que allá afuera se empeñan en turbarnos nuestra tranquilidad, que reflexionemos en que de verdad cada domingo tenemos esa dicha. Y a eso nos convencen las tres lecturas de hoy.

La primera lectura del Viejo Testamento prefigura en las intervenciones de Dios, a través de la peregrinación del desierto, la realidad que en el cristianismo vivimos: la eucaristía. Ya está presagiada en aquella histórica peregrinación del desierto. La

Ex 34, 29-30

¹ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 3 q. 75 a. 5.

segunda idea será esta: esa prefiguración, esa profecía del Viejo Testamento se realiza plenamente en Cristo, presente en la hostia; y de esto nos habla la segunda lectura y, sobre todo, el Evangelio de San Juan. Y en tercer lugar, el tercer pensamiento que sacamos de estas lecturas es que esta eucaristía, que nos ha congregado y nos congrega siempre a los cristianos, es el alimento y la fuerza de cohesión de esta comunidad que se llama la Iglesia. Y al hablar de esta comunidad que es nuestra Iglesia en San Salvador, mencionaré los hechos históricos por donde va pasando la peregrinación en esta semana, así como el peregrino de Israel atravesaba esas circunstancias históricas durante cuarenta años.

Las intervenciones de Dios a través de la peregrinación del desierto prefiguran la eucaristía

En primer lugar, el capítulo 8 del Deuteronomio, de donde está tomada la primera lectura, es un momento solemne en la historia del Éxodo. Moisés, después de hacer la alianza entre Dios y el pueblo, allá en el monte Horeb, peregrinó cuarenta años por el desierto; y ya nos encontramos en otra montaña: el Moab. Y desde el Moab, Moisés le recuerda a su pueblo las tentaciones, las dificultades que ha atravesado durante cuarenta años y, mirando al futuro ya para entrar a la tierra prometida, le exhorta a ser fiel a ese Dios que los ha acompañado. Este es el momento solemne en que Moisés, viendo hacia atrás el largo recorrido del Éxodo, mira hacia el futuro de la historia de Israel y allí es donde se manifiesta, en esta nueva alianza del Viejo Testamento, el recuerdo de las tentaciones y las razones por que Dios tentaba al pueblo; y, finalmente, las intervenciones de Dios en favor de ese pueblo.

Las tentaciones. Moisés le recuerda al pueblo cómo ha salido de una esclavitud. Era esclavo del faraón, era un pueblo sometido a las humillaciones, y ese pueblo sometido a la esclavitud es sacado por Moisés gracias a intervenciones divinas: las ocho plagas de Egipto para convencer al faraón —que así son los tiranos, cuesta convencerlos—, hasta que llega el máximo castigo de la muerte de los primogénitos de Egipto; entonces sí sale el pueblo y comienza una peregrinación bien difícil. Allí le recuerda ahora en las lecturas, Moisés, al pueblo: ¿recuerdan cuando sintieron hambre y ustedes hasta blasfemaban y suspiraban por

Ex 16, 3

volver a comer las cebollas de Egipto? Como que les parecía mejor la esclavitud. ¡Qué le costó a Moisés convencer a un pueblo que va, precisamente, hacia su liberación, pero que le duele sufrir las condiciones de esa liberación! ¿Recuerdan también —les dice Moisés—, la sed que sintieron y cómo también ustedes pusieron a prueba al mismo Dios cuando casi blasfemaban contra Él?:

Ex 17, 3 ¿para qué nos sacaste de Egipto?, ¿para que muriéramos de sed en el desierto? ¿Y recuerdan, sobre todo, el duro desierto por donde hemos pasado? ¡Qué sequedal, sin una gota de agua!

Dt 8, 15 ¡Qué alimañas del desierto: alacranes, serpientes! ¡Qué difícil ha sido todo esto! Son las tentaciones, las dificultades de la peregrinación. Y Moisés les da una razón a estos peregrinos que ya han pasado esa tribulación. ¿Por qué permitió Dios todo esto? Les dice: “Para afligirte, para ponerte a prueba, para conocer tus intenciones, a ver si eras fiel a sus preceptos”.

Hermanos, no olvidemos. Esta palabra de hoy es la respuesta a muchas inconformidades, a las situaciones difíciles de la historia. Como Moisés, preguntémonos cuando hay tribulaciones en la sociedad, cuando nos encontramos —como en estos días— como en un callejón sin salida: ¿por qué lo permite Dios? Y Moisés les recuerda al pueblo: “Para afligirte, para ponerte a prueba, para conocer tus intenciones”. Son las dificultades las piedras de toque en que se conoce el oro fino de los verdaderos hombres, de los verdaderos cristianos, así como también es, en esas circunstancias, cuando los hombres blasfeman, cuando los hombres critican contra Dios y su reino, contra Moisés que los guía, y prefieren vivir en sus comodidades aunque sea como esclavos.

Dt 8, 2

¡Qué cuesta comprender que las pruebas de Dios, las dificultades del camino, son las monedas con que se compra la libertad, la dignidad, la alegría de ser libres! Y recuerden —les dice Moisés finalmente— que esas pruebas, con esas intenciones divinas, fueron aminoradas, fueron al fin un recuerdo del que Dios vino a protegernos también. Y entonces les recuerda Moisés cómo los sacó de Egipto, es una realidad, ya salimos de aquella esclavitud; y cómo cuando en el desierto sufríamos la angustia de la soledad, de la intemperie, el hambre, la sed, allí estaba Dios con nosotros.

Dt 8, 14b

Y aquí vienen los preciosos signos sacramentales. Miren cómo se bosqueja ya la presencia de Dios bajo signos sacramentales. Moisés les menciona cuatro:

El primero, la nube que los defendía del sol. Cuenta el Éxodo que una nube en la que Dios iba, refrescaba los ardores de aquel sol del desierto. Ex 13, 21

Les recuerda Moisés: cuando teníamos hambre, amaneció junto a nuestros campamentos una cosa misteriosa que hizo preguntar en hebreo a los israelitas *man hu*, que quiere decir “¿qué es esto?”. El maná es un interrogante, un alimento misterioso que Dios mandaba a nuestra hambre. El maná un signo sacramental. Ex 16, 15

Y cuando nos moríamos de sed, Dios me mandó golpear con la vara misteriosa la roca y de la piedra salió agua en la que apacentaron su sed todos ustedes y hasta todos los animales que traíamos. Y según una leyenda de los rabinos, aquella piedra iba siempre acompañando al pueblo peregrino y, cada vez que había sed, Moisés golpeaba la roca y brotaba el agua. Era signo también sacramental de una presencia de Dios en medio del pueblo. Ex 17, 6

Y el otro signo es el mar. El mar se abre de par en par para dejar pasar al pueblo que va de su cautiverio mientras que, al pasar Israel, se cierra otra vez sobre los ejércitos de Egipto, que perecen. Mientras, Moisés canta al otro lado: cantemos al Señor que ha hecho maravillas, ha liberado a su pueblo. Ex 14, 21-22

Aquí ven las señales sacramentales. Lo que importa para la Biblia no es la nube, ni el maná, ni el mar, ni la roca; lo que importa es algo más grande: la presencia de Dios. Y por eso, el Deuteronomio comenta la palabra que Cristo usó también en sus tentaciones del desierto: “Para que aprendieras que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Este texto es clásico en la Biblia, tan clásico que aquí se expresa toda la teología de la palabra de Dios. Cuando el lector en este ambón lee la Biblia, termina diciendo: “Palabra de Dios”. Y Moisés en este lugar, al narrar la protección de Dios en el hambre de los israelitas, haciendo llover maná, pan misterioso, es cuando dijo esa palabra: Ex 15, 1

ya ven que no solo de pan vive el hombre. No solo las comidas de Egipto, no solo las comidas que amasamos con nuestras manos. Dios tiene una palabra creadora, una palabra que hace brotar pan y que podía convertir en pan las piedras del desierto, una palabra omnipotente, una palabra que, cuando se hace persona divina, es el Hijo de Dios, el Verbo, la Palabra que se encarna y es Jesucristo. Esto es lo que interesa: que en esos sacramentos está la palabra omnipotente, encerrada, de Dios. Dt 8, 3

Jn 1, 14

La prefiguración del Viejo Testamento se realiza plenamente en Cristo, presente en la hostia

Por eso, el segundo pensamiento lo saco de la segunda lectura. San Pablo, escribiéndole a los corintios, trata de explicarles, precisamente, lo que Moisés predicaba a Israel. Pero Moisés no conoció a Cristo más que en promesas; Pablo tampoco conoció personalmente a Cristo porque lo perseguía, pero ya convertido ha descubierto quién es Cristo, y en su preciosa epístola a los corintios dice: yo les voy a contar lo que he recibido de aquellos que tuvieron la dicha de comer y beber y platicar y andar con Él, que Él inventó este sacramento, que el pan se convierte en su cuerpo y el vino en su sangre.

1 Cor 11, 23

Y todo esto que pasó Moisés con su pueblo, cuando atravesó el desierto, sucedía en figura; figura, preanuncio, profecía, promesa. Ahora, en cambio, los cristianos ya tenemos el cumplimiento de esa promesa y de esa profecía. Y aquí San Pablo nos enseña que, sobre todo, en los dos signos del desierto —la piedra que hace brotar agua Dios, y el hambre que queda saciada con el maná— están los dos signos prefigurativos de este gran sacramento que es la eucaristía.

1 Cor 10, 6

En el pan y el vino de nuestras misas, que ya la celebraba San Pablo... Pablo vivió unos treinta años después de Cristo; escribía esta página. Tengan en cuenta esto. Treinta años después que Cristo celebró la eucaristía, Pablo escribe con el recuerdo tan fresco que nos enseña que, ya desde los primeros tiempos, los cristianos, como este domingo 28 de mayo de 1978, se reunían. Naturalmente, no había templos, pero ya había seguidores de Cristo. Y Pablo les enseña a aquellas comunidades qué es lo que sucede cuando nos reunimos a celebrar la eucaristía.

En primer lugar, nos alimentamos con la palabra de Dios. La eucaristía siempre se celebró después de una lectura de la Biblia y de una homilía en la cual el apóstol, el obispo, el sacerdote preparaba el espíritu para luego celebrar esa palabra que se hace presencia de Dios: la eucaristía. Y han escuchado, en la carta de San Pablo hoy, cómo está evidente la presencia de Cristo en la hostia. “El cáliz de nuestra acción de gracias —dice la lectura de hoy—, ese cáliz ¿no nos une acaso a todos en la sangre de Cristo?”. ¡En la sangre de Cristo! “Y el pan que partimos —la hostia de trigo— ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo?”. Qué

1 Cor 10, 16

palabras más evidentes de que ya San Pablo enseña que en el signo sacramental del cáliz y de la hostia está presente la sangre, el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Tan presente que San Pablo, en ese capítulo que hemos leído, nada más un pasaje... Yo les invito, como siempre, a leer entero el capítulo 10 y el capítulo 11 de la primera carta de San Pablo a los corintios, donde describe maravillosamente lo que es la misa.

Dice que aquellos corintios que se habían convertido del paganismo, de adorar falsos dioses, que antes ofrecían sacrificios a los ídolos y que, después de ser cristianos y asistir a misa, querían volver a participar de aquellos sacrificios, cometían una horrenda idolatría. ¿Por qué? Porque el que ha comido de la carne de Cristo que se ofreció en la eucaristía es participación de la vida de Cristo, porque Cristo está presente allí; y que después de eso, ir a participar del altar idólatrico es también hacerse participante de los ídolos; y como los ídolos son dioses falsos inspirados por el demonio, comer carne sacrificada a los ídolos es sentarse a la mesa del diablo, dice San Pablo.

1 Cor 10, 21

Qué preciosa aplicación podíamos hacer, hermanos. Hoy no existen aquellos ídolos de los corintios, de oro, figuras de animales, de mujer, de estrellas, de soles; pero hoy existen otros ídolos que tantas veces los hemos denunciado. Y un cristiano que se alimenta en la comunión eucarística donde su fe le dice que se une a la vida de Cristo, ¿cómo puede vivir idólatra del dinero, idólatra del poder, idólatra de sí mismo, el egoísmo? ¿Cómo puede ser idólatra un cristiano que comulga? Pues, queridos hermanos, hay muchos que comulgan y son idólatras. Y en nuestro siglo XX, en este mismo año, San Pablo podía repetir a muchos cristianos de San Salvador y de las comunidades que están meditando esta palabra: si de verdad creen que Cristo está presente y se unen con Él en el momento de la comunión, ¿cómo es posible que después vivan tan inmorales, tan egoístas, tan injustos, tan idólatras?, ¿cómo es posible que pongan más su confianza en las cosas de la tierra que en el poder de Cristo que se hace presente en el gran sacrificio?

Esta presencia de Cristo sigámosla analizando en las lecturas de hoy. Para Cristo mismo, en el Evangelio, es una presencia de su vida que trae del Padre. Así como yo vivo por el Padre —hay una corriente de vida entre Dios Padre y Dios Hijo, que soy yo— así, todo aquel que come esta eucaristía vive por mí. ¡Que maravilla la

Jn 6, 57

de la eucaristía! Cuando vayamos a comulgar hoy, oigamos esta palabra de Cristo: en este momento, tú que recibes la hostia consagrada, te estás alimentando de mi misma vida y esta vida mía la recibo del Padre; de modo que el Padre, yo y tú somos una sola vida; y así como, para venir a comulgar y hacerse digno de esta vida divina, tuviste que purificarte de tus pecados, liberarte de tus pecados, mi presencia eucarística es la gran fuerza liberadora.

No lo olvidemos, queridos hermanos, hoy cuando hay tantas fuerzas que luchan por la liberación temporal de los hombres, nuestra liberación cristiana parte de aquí: de la eucaristía, de la fuerza redentora de Cristo. Una liberación que, ante todo, quiere vernos libres del pecado. Si no hay libertad del pecado, si un hombre no se ha identificado con la fuerza divina de Cristo que lo une al Padre, al Creador, no puede ser un liberador eficaz. Por eso, la Iglesia identifica su liberación, sus denuncias, sus anuncios, desde esta perspectiva de fe de la vida de Dios. Y si un cristiano mutila esta liberación y prescinde de estar en gracia de Dios y de vivir la comunión con Cristo, no es un liberador cristiano.

En esta presencia de Cristo hay otro aspecto, un aspecto sacerdotal. Cristo se hace presente en la hostia como sacerdote de la humanidad. Lean, por ejemplo, el Apocalipsis o la carta a los hebreos, ¡qué preciosas descripciones del culto que Cristo, en nombre de toda la humanidad, tributa al Padre! ¿Desde dónde está Cristo ejerciendo su sacerdocio aquí en la tierra? Desde allí, de la eucaristía. Es precisamente esa hostia consagrada de nuestra misa la que une al pueblo peregrinante que todavía va entre la sequedad del desierto, entre las serpientes y los alacranes del desierto del Éxodo, pero va peregrino de la tierra prometida; y al altar de nuestra misa como que se asoma el Cristo glorioso con nuestros hermanos que ya están en la tierra prometida.

¡Qué hermosa es la misa, sobre todo cuando se celebra con una catedral llena como la de nuestros domingos o cuando se celebra también humilde en las ermitas de los cantones, con una gente llena de fe que sabe que Cristo, el rey de la gloria, el Sacerdote eterno, está recogiendo todo lo que le traemos de la semana: penas, fracasos, esperanzas, proyectos, alegrías, tristezas, dolores! ¡Cuántas cosas le trae cada uno de ustedes, hermanos,

en su misa dominical! Y el eterno Sacerdote las recoge en sus manos y por medio del sacerdote, hombre que celebra, las eleva al Padre. Es el fruto del trabajo de toda esta gente. Unido a mi sacrificio presente en este altar, esta gente se diviniza y ahora sale de la catedral a seguir trabajando, a seguir luchando, a seguir sufriendo, pero siempre unida con el eterno Sacerdote que queda presente en la eucaristía para que lo sepamos encontrar el otro domingo también. Hermosa la misa como sacrificio, no inventado por los hombres, sino presencia inventada por Cristo, tal como nos lo enseñan las lecturas de hoy.

Está allí también como alimento y como comunión. Cristo es alimento. Más, les dice Cristo a los que lo escuchaban en Cafarnaún... El precioso capítulo sexto de San Juan, aquel sermón que Cristo pronunció después de la multiplicación de los panes, cuando la muchedumbre lo buscaba para hacerlo rey, Cristo les dice: no me busquen por el pan que perece. Yo soy el pan que da la vida eterna. Esa hambre y esa sed que ustedes sienten y que la quieren resolver con medios meramente humanos, a veces crueles, violentos, políticos, no son esos los caminos. Yo les ofrezco la verdadera vida; la que tendrá, para ser eficaz en su trabajo, el político, el sociólogo, el empresario, el profesional, el estudiante, el jornalero; yo les doy la verdadera vida. “Yo soy el pan que ha bajado del cielo, el que come de este pan vivirá eternamente”.

Jn 6, 27

Jn 6, 51

Cristo tuvo mucho cuidado de no ser mal entendido porque había mucho sentido de antropofagia cuando le preguntaron: ¿Cómo podemos comer su carne? No somos antropófagos, no comemos gente. Cristo les dice: no se entiende así. “Yo soy el pan vivo”, yo voy a resucitar, yo voy a transformar este cuerpo mortal en un cuerpo espiritual, yo voy a estar presente en las comunidades cristianas no repartiendo así, físicamente, carne de hombre, sino dándoles, en el misterio de la eucaristía, una presencia que sí es corporal, es mi cuerpo; pero no un cuerpo entendido así, materialmente, con ojos meramente de carne; es un cuerpo espiritual, es el misterio del cuerpo místico. Pero es cierto que cuando recibimos la hostia, recibimos a Cristo, todo entero —dice el catecismo—, glorioso como está en el cielo. Cristo resucitado, Cristo vida, Cristo pan vivo que desciende del cielo: este es el que nos alimenta en este sentido, haciéndonos verdadera comunidad.

Jn 6, 52

La eucaristía, alimento y fuerza de cohesión de la comunidad

Y ya estoy tocando el último punto de esta reflexión. Cristo es el alimento y la fuerza que da cohesión a nuestra comunidad. Dice San Pablo en la lectura segunda hoy: “El pan es uno y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan”. ¡Qué preciosa evocación de la unidad de los cristianos!

1 Cor 10, 17

Nuestra unidad, queridos hermanos, no se basa en ideales de la tierra. Si ya en esta tierra los hombres, cuando logran exponer bien un ideal y preguntan: ¿quién me quiere seguir para realizarlo?, siguen muchos ese ideal, pero viven de un ideal a veces de un hombre; y cuando ese hombre o ese ideal desaparecen o es traicionado, todo se desbarata. Pero Cristo puso una fuerza mucho más vigorosa, una fuerza divina que nadie la puede destruir: su cuerpo y su sangre, su presencia de resucitado, su vida de Dios. Dichoso el pueblo que llega a tener fe y a descubrir que Cristo es su razón de ser. En Cristo pone toda su esperanza y comulga. Y todos los que vamos a comulgar esta mañana sentiremos esta realidad: aunque somos muchos y tal vez ni nos conocemos, venimos de distintos rumbos, vivimos en rincones y en lugares muy apartados, sin embargo, somos un solo cuerpo porque nos alimentarnos de un mismo pan.

Los antiguos gozaban mucho en esta comparación. Decían que así como los granitos de trigo, recogidos de las diversas montañas, amasados, hacían un solo pan que luego se convertía en un solo Cristo, así también los hombres, recogidos de diversos países, de diversas razas, de diversas categorías, no somos más que granitos de trigo; y recogidos en nuestra fe, amasados en el amor y en la esperanza, unidos a Cristo-eucaristía ya no somos dispersos, ya somos un solo pueblo, el pueblo de Dios alimentado con la presencia del Señor.

Y esta presencia la llega a traducir para los hombres de hoy, y precisamente para ustedes los laicos, los que no son sacerdotes ni religiosos. Ustedes, señores y señoras casados, ustedes profesionales, ustedes que viven en el mundo oigan este texto del Concilio Vaticano II a los laicos, *Lumen gentium* 38: “Cada laico debe ser ante el mundo un testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y una señal del Dios vivo. Todos juntos y

LG 38

cada uno de por sí deben alimentar al mundo con frutos espirituales y difundir en él, el espíritu de que están animados aquellos pobres, mansos y pacíficos, que el Evangelio llama bienaventurados. En una palabra —concluye el Concilio citando un texto de los primeros siglos del cristianismo—, en una palabra, ‘lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo’”.

Hermanos, hoy van a salir ustedes de la catedral con la fe iluminada por la presencia de Cristo en nuestro altar, y los que han comulgado van a salir también repletos del Espíritu de Cristo. ¿Cuándo será el día en que todos los que vienen a misa están tan unidos a Dios, tan lejos del pecado, de las pasiones, de las locuras de la tierra, que se identifican tanto con Dios que, al salir de la catedral o de la iglesia parroquial o donde quiera que se celebra la eucaristía, van a ser en el mundo almas del mundo, a poner fermento de eucaristía en la familia, en la profesión, en el trabajo, en la vida social? Nos faltan muchos cristianos de esos que vivan de verdad la eucaristía.

El *Corpus* viene a recordar, precisamente, nuestro deber de este punto de fe. Si creemos de verdad que Cristo, en la eucaristía de nuestra Iglesia, es el pan vivo que alimenta al mundo, y que yo soy el instrumento, como cristiano que creo y recibo esa hostia y la debo llevar al mundo, tengo la responsabilidad de ser fermento de la sociedad, de transformar este mundo tan feo. Eso sí sería cambiar el rostro de la patria, cuando de veras inyectáramos la vida de Cristo en nuestra sociedad, en nuestras leyes, en nuestra política, en todas las relaciones. ¿Quién lo va a hacer? ¡Ustedes! Si no lo hacen ustedes, los cristianos salvadoreños, no esperen que El Salvador se componga. Solo El Salvador será fermentado en la vida divina, en el reino de Dios, si de verdad los cristianos de El Salvador se proponen a no vivir una fe tan lánguida, una fe tan miedosa, una fe tan tímida, sino que de verdad como decía aquel santo —creo que San Juan Crisóstomo—: cuando comulgas, recibes fuego², debías de salir respirando la alegría, la fortaleza de transformar el mundo. Hermanos, ojalá que la comunión de este *Corpus* de verdad sea para transformarnos en fuerza de Dios.

² Cfr. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre el Evangelio de San Mateo*, 82, 5.

Vida de la Iglesia

Y ahora sí, siendo que esta es la vida de nuestra comunidad, yo quiero pasar brevemente una revista por esta comunidad que vive de esta eucaristía.

Y me da mucho gusto haber recibido, de comunidades lejanas, telegramas como este de Las Flores de Chalatenango: “Celebramos *Corpus* solemnísimo, concurridísimo. Varias peregrinaciones pidiendo Dios, lluvia. Gran demostración de fe, amor hacia Santísimo Sacramento”. Hemos tenido noticias del fervor de la eucaristía en los pueblos. Yo mismo he sido testigo.

Esta semana, el seminario celebró también su *Corpus* el jueves. Y celebraron deteniendo la procesión del Santísimo en varios altares donde los jóvenes desarrollaron estos pensamientos: “La eucaristía, vida de Dios en nosotros”, “pan de fraternidad”, “alianza nueva”, “sacrificio-sacramento”, “pan de los pobres”, “compromiso social”. He citado esto, hermanos, para que se vea qué es lo que se enseña en el seminario. Esta, la fe que esos futuros sacerdotes han de ir a predicar. Y hay que decirlo muy claro cuando hay tendencias tan criminales para decir que el seminario es una escuela de guerrilleros³. El seminario es escuela de apóstoles donde han de llevar a predicar esta gran verdad de que nuestra fuerza está en Cristo. Y esta semana han tenido una vivencia muy hermosa en esa educación cristiana.

Yo también he visitado otras comunidades, donde en torno del altar de la misa hemos vivido el fervor de aquellas comunidades. No es cierto, hermanos, que se está muriendo la fe. Hoy, más que nunca, se vive una eucaristía, un compromiso con Cristo que no es beatería ni tradiciones superficiales. Por ejemplo, el 16 de mayo, yo celebré la Virgen de los Desamparados, en el cantón El Zonte de Chiltiupán. ¡Qué fervor el de aquella comunidad!

Yo celebré, el 23 de mayo, la eucaristía en El Carmen de Cuscatlán, bendiciendo un templo renovado y saludando allí un testimonio de lo que es un sacerdocio fiel hasta la vejez. El querido padre Miguel Rodríguez, rodeado de jóvenes sacerdotes y de otros, ofrecía al Señor, con qué alegría, un templo y con qué

³ Un comunicado firmado por el *Comité de Apoyo a la Nueva Iglesia Católica* acusó a monseñor Romero de apoyar las ocupaciones de templos y embajadas desde el Seminario San José de la Montaña. *Cfr. La Opinión*, abril de 1978.

respeto y cariño acogía con su pueblo al obispo, que junto con el pueblo ofrece al Señor una eucaristía sabiendo que este es el centro y la fuerza de una unidad. Yo quiero agradecer sobre todo a los maestros y alumnos, a la juventud y a las asociaciones cristianas, a los del comité de la parroquia, por ese esfuerzo de mantener siempre entusiasta la fe eucarística.

También celebré en la parroquia de María Auxiliadora, el 24 de mayo. Y he disfrutado aquel espíritu de Don Bosco que compaginó en su corazón de santo estos tres grandes amores que él llamaba las tres blancuras: la blancura eucarística, ¡cuánta comunión!, ¡qué fervor eucarístico el de aquella Iglesia! La blancura de la Virgen, bajo el título de María Auxiliadora, qué imán más poderoso para atraer la Santísima Virgen María; sobre todo, cuando en la mañana celebraba, miles de jóvenes asistiendo y alimentándose con la eucaristía en honor de la Virgen María Auxiliadora. Y la blancura del Papa, la fidelidad al Papa es también un signo de nuestro catolicismo, que estamos también tratando de vivirlo lo más intensamente posible.

Y siempre en esta línea eucarística, yo quiero recordarles que el primero de cada mes, y por tanto en esta misma semana, a las 5:00 de la tarde, siempre es *Corpus* en la linda capilla del Hospital de la Divina Providencia, donde se celebra una hora santa de expiación por las necesidades de nuestra arquidiócesis y del mundo. Yo les invito, el primero de junio a las 5:00 de la tarde, en la capilla del Hospital de la Divina Providencia.

Y en la blancura del Papa, queridos hermanos, también quiero invitar a la diócesis entera a que nos preparemos a celebrar como verdadera fiesta de Iglesia, el día del Papa. El día del Papa es el día en que coronan al pontífice que reina en ese tiempo. Nuestro papa, Pablo VI, fue coronado el 30 de junio. Ya desde ahora, les aviso que todas las parroquias y todas las comunidades han de ser invitadas, y son ya; vayan preparando una participación entusiasta en la celebración del día del Papa, que será el 30 de junio. Ya iremos dando más detalles.

En el amor a Cristo se destaca esta semana, y lo aviso a la comunidad que cree en Cristo, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Ya saben que en San Salvador tenemos un monumento de nuestra devoción al Corazón de Jesús, es la basílica del Sagrado Corazón allí en la calle Arce, donde el viernes 2 de junio a las 6:00 de la tarde, vamos a celebrar la eucaristía. Ojalá veamos

llena aquella gran iglesia de la basílica para celebrar en honor del sacratísimo Corazón de Jesús.

Y también en honor de la Virgen, la blancura inmaculada de María nos invita esta mañana a las 10:30, a todos los legionarios de María, en la basílica para celebrar la reunión anual que se llama ACIES⁴ de la Legión. Y por mi parte, hermanos, yo invito a toda la comunidad de la arquidiócesis a rendir un homenaje de clausura del mes de mayo, el miércoles de esta semana, 31 de mayo en la misa de 12:00, aquí en catedral, para honrar a la Virgen con una corona de fervor en este mayo que yo sé que se ha distinguido en muchas comunidades cristianas. El amor a la Virgen, la devoción a nuestra Señora, está muy lejos de pasar de moda, es una devoción cada vez más fresca, más tierna, y lo vamos a demostrar entonces el próximo miércoles.

Gal 6, 16

Esta Iglesia que está viviendo estas vivencias tan bellas, tan animadoras, es el “Israel de Dios” —así lo llama San Pablo—, el Israel espiritual, el pueblo de Dios, que al mismo tiempo va pasando por el sequedal del desierto, por las tentaciones del hambre y de la sed, por las pruebas de la vida.

Hechos de la semana

Y así, tenemos también que señalar nuestro camino a través del mundo. Los tres secuestros, en misterioso silencio⁵. Unido a los reclamos, también manifestaciones de reclamo de otras agrupaciones.

⁴ *Acies* es una voz latina que significa “ejército puesto en formación de batalla”, que la *Legión de María* utiliza para designar su principal celebración anual, en la que sus miembros renuevan su consagración a la Virgen María.

⁵ Monseñor Romero alude a los secuestros denunciados en la homilía anterior. En realidad, el “silencio” no era total, porque el 24 de mayo, las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) se atribuyeron, mediante un comunicado, el secuestro del señor Fujio Matsumoto y exigieron para su liberación el cumplimiento de las siguientes demandas: la libertad de treinta y ocho presos políticos, derogación de la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público y amnistía general. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 24 de mayo de 1978.

Respecto de las otras dos personas secuestras, Ernesto Sol Meza y Luis Méndez Novoa, sí existía un hermetismo total que se rompió el 22 de junio de 1978, cuando las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) se atribuyeron el secuestro de ambos empresarios, a quienes dejaron en libertad luego de cumplidas sus exigencias, que eran el pago de una fuerte suma de dinero y la publicación de un comunicado en los principales diarios de Centroamérica. *Cfr. La Crónica del Pueblo*, 22 de junio de 1978.

Ha sido una semana también de difamaciones, muy mal, tendenciosas. Quiero repudiar los ataques contra mi hermano en el episcopado, monseñor Aparicio. También quiero hacerme solidario, repudiando las sospechas tendenciosas vertidas contra ciertos sacerdotes que trabajan en comunión conmigo. Y también, lamentar la tortura de que fue objeto el padre Francisco Mejía Alvarado y otros atropellos causados en el convento de Cinquera por parte de la Guardia Nacional. Allá se evocaba que el padre ya no era cura porque estaba suspendido. Quiero decirles que un sacerdote, aun cuando esté suspendido, mantiene su carácter sacerdotal y que la suspensión es una pena disciplinaria que depende de la responsabilidad de su propio obispo. Pidamos a Dios para que pronto se resuelva este problema de nuestra hermana diócesis de San Vicente⁶; pero los sacerdotes son sacerdotes y los guardias que tocaron al padre Francisco quedan excomulgados, porque todo aquel que pone manos violentas en un sacerdote cae, por el mismo hecho, en excomunión.

También otra noticia tendenciosa, del joven Estefan Turcios⁷, a quien se señala como seminarista ya próximo a la ordenación y que ha sido sorprendido en actos terroríficos o subversivos. Ya hemos declarado que fue seminarista hasta 1972 y que lo que con él se está cometiendo es una injusticia sea o no sea seminarista, porque se le capturó el 14 de abril mientras recogía ayuda para los damnificados de San Pedro Perulapán —eso era lo que andaba haciendo— y se le dejó en prisión hasta casi un mes cuando se le pasó a los tribunales, torturado bárbaramente. Los mismos periódicos publicaron que necesitaba diez días de curación. Esta es la verdad.

⁶ El 7 de marzo de 1978, un grupo de trescientos sacerdotes de todo el país escribieron una carta al nuncio del Vaticano en El Salvador, monseñor Emmanuele Gerada, donde se cuestionaba su actuación poco solidaria con la Iglesia y el pueblo salvadoreño. Entonces, monseñor Pedro Arnoldo Aparicio Quintanilla, obispo de San Vicente y presidente de la Conferencia Episcopal de San Salvador, suspendió de sus cargos como párrocos a diez sacerdotes de su diócesis, que habían firmado la carta al nuncio. Uno de estos sacerdotes suspendidos es el padre Francisco Mejía Alvarado, quien eventualmente ofrecía su servicio pastoral en Cinquera, Cuscatlán. Cfr. “La Iglesia en El Salvador”, *Orientación*, 16 de marzo de 1978.

⁷ *El Diario de Hoy*, el 23 de mayo de 1978, publica una nota periodística con este título: “Capturan a seminarista acusado de terrorismo”.

La publicación de ORDEN contra el terrorismo es difamatoria contra la Iglesia⁸. Y queremos repetir que la Iglesia, por señalar las raíces de nuestros males y por defender los derechos de los hombres, no es terrorista ni está en connivencia con terroristas, sino que, simplemente, está cumpliendo su deber evangélico. Y aquellos grupos que quieran manipular a la Iglesia, sea para difamarla o sea para ampararse en ella, están abusando de la misión de la Iglesia. La misión de la Iglesia puede coincidir con los reclamos de justicia que hacen otras agrupaciones, pero que son independientes de la vida de la Iglesia. La perspectiva de justicia de la Iglesia es desde la luz del Evangelio. Y yo quiero recordar a todas las agrupaciones, a todos los grupos políticos, subversivos o también gubernamentales, que no manejen la Iglesia para sus fines, que mantengan el respeto a la autonomía de la perspectiva evangélica de la Iglesia.

El señalamiento de la Iglesia acerca de la causa de nuestros males me da mucho gusto verla coincidir con unas palabras del mismo señor embajador de Estados Unidos, en su discurso a los rotarios en esta semana, cuando dice esto: “Si el cambio ha de venir, es prudente que tratemos de canalizarlo de una manera positiva y constructiva. Simplemente con resistirlo no se logra nada positivo. Una resistencia inmutable al cambio inevitable, trae consigo el riesgo de forzarlo a resultados violentos y destructivos. Cuando esto sucede, todos salimos perdiendo”⁹. Estamos de acuerdo con el señor embajador y esta es la posición de la Iglesia: que si señala la necesidad de cambios es porque hay muchos sordos que no quieren oír la necesidad del cambio; pero que el cambio, que es necesario, no se va a hacer “aguantándolo”

⁸ En un comunicado titulado “Frente a la violencia: nuestros principios y la patria”, la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) expresaba, entre otras cosas, lo siguiente: “Porque es intolerable que esta ola de violencia haya encontrado «caldo de cultivo» en algunos sacerdotes que utilizan la prédica para fomentar el odio, en lugar de evangelizar; en lanzar hermano contra hermano, en lugar de promover la comprensión. Por eso es reprochable que curas como Fabián Amaya, Rutilio Sánchez, Benito Tobar, David Rodríguez, Barahona y otros, influenciados por la «teología comunista» y tolerados increíblemente por la alta jerarquía eclesiástica, utilicen el púlpito para divulgar a gritos la mesiánica postura del marxismo-leninismo, que pretende la destrucción de la religión”. *La Prensa Gráfica*, 25 de mayo de 1978.

⁹ Discurso de Frank J. Devine, embajador de Estados Unidos en El Salvador, en el Club Rotario de San Salvador, *El Diario de Hoy*, 25 de mayo de 1978.

o diciendo “esperen”, y mucho menos con fuerzas represivas, que la violencia llama violencia, sino, como dice el señor embajador, constructivamente.

Por eso, queremos también hacernos solidarios, al mismo tiempo que agradecemos el apoyo de la Universidad Centroamericana, hacer nuestro este llamamiento: “Un llamamiento a todos los profesionales, instituciones culturales, asociaciones civiles y comunales para que realicen una seria reflexión sobre el compromiso social y moral que tenemos de no aceptar, por irracional y antihumana, la institucionalización del uso de la fuerza y aunemos esfuerzos para contribuir a la solución de los problemas del país”¹⁰.

Terminamos, hermanos, donde quería terminar precisamente después de mencionar, como Moisés, por dónde hemos pasado esta semana, por qué sequedales del desierto, entre escorpiones y culebras, pero Dios va con nosotros, la presencia de la eucaristía.

Vamos a celebrar nuestra misa con aquel amor y confianza con que el pueblo de Israel vio, al mismo tiempo que sentía hambre, que sentía sed, que sentía el sol del desierto, la desesperación a veces, la tentación de blasfemar, la duda contra Dios. Puede ser natural en nosotros también todo eso, pero siempre oigamos a la Iglesia en el signo de la protección de Dios, de la roca que echa agua, del pan que Dios da por milagro, del mar que se abre, de la nube que cubre y, sobre todo, de nuestra eucaristía, pan y vino, que nos da la presencia de Cristo. Celebremos, digo, nuestro *Corpus* renovando en nosotros la confianza de esta Iglesia que no se va a apoyar en las fuerzas de la tierra, en las idolatrías, sino en la fuerza del Señor que no nos defraudará en nuestra confianza.

Con estos sentimientos de *Corpus*, invito a toda la comunidad hagan lo posible de venir a las 4:00 de la tarde para tributar honores muy especiales a nuestro Señor, presente en el Santísimo Sacramento. De pie, por favor.

¹⁰ Pronunciamento de los docentes e instructores de los departamentos de Economía, Letras, Filosofía y Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), el 11 de mayo de 1978. *Orientación*, 28 de mayo de 1978.